



JOSE MARIN CAÑAS

Nos hemos venido a reunir aquí para rendir, sobrio y solemne homenaje en nombre de todo el país (incluyendo a la "Academia Costarricense de la Lengua", de la que el extinto fue académico de número, y a la que inmerecidamente representó) al más conceso, combativo y combatido político del siglo; al que recién termina una brega de doce días con la muerte y de ochenta y dos años con la vida; sin reposo nunca, tal un centinela epígono que montara guardia desde el decimonónico del cual provenía hasta la hora ésta, en la que guarda su pluma en el sepulcro, calla la voz que recorrió los caminos de la patria conjurando a la ciudadanía para defenderla y que ahora viene a sumarse al silencio; al denso silencio que lo escoltó en los últimos años.

Este féretro contiene el cadáver, inerte y majestuoso, del que depuesta la actitud beligerante, cerrados los ojos avizores, caídas la mano y la pluma justicieras, fue luchador sin término, vigilante juez, patriota ya sin gesto y sin ánima, y se llamó Otilio Ulate Blanco.

Otilio Ulate Blanco, significó la "constante" de toda ecuación política, sometida a crítica nacional, en los últimos sesenta años.

Medido desde la empobrecida cuna sobre la que corrieron vientos de sal, hasta la más alta magistratura que le tocara ocupar (en funciones de Gobierno, como él decía) da la talla del héroe griego.

"Sobre la áspera piel de los caminos"

Tiene —aun muerto, lo sigue teniendo— el brío de los Héctores y los Aquiles, que vinieron de los campos de Troya; al par que el amargor de los filósofos que acudían igual al ágora como a las academias. Filósofo y guerrero, intelectual y liberal en el ademán y la actitud anímica, fue sereno en el peligro al que sonreía como a una dama. Es uno de nuestros últimos liberales, esa palabra que responde a "un movimiento de hace cinco siglos y que no es, en rigor, una doctrina, ni una escuela, ni siquiera un movimiento unívoco". Que es un hecho espiritual complejo, basado en el culto a la libertad, y el que define su filósofo, Harold Laski, como "un estado del espíritu". ¡Esa palabra "liberal", que ahora se usa con el sentido de trasnochado, de obsoleto, de retrasado mental!

Lo vimos llegar a la más alta silla magistral de la patria y ejercer la autoridad con inusitado acierto, con tradicional austeridad de herencia criolla, con destreza suma, para que el país viviera una de sus mejores épocas y las deudas, las incabables deudas bajaran cien millones; para que impuestos del campo y la ciudad se anularan ante el asombro de la ciudadanía que no acertaba a explicarse si estaba temblando o era el viento que movía la casa.

Otilio Ulate Blanco pertenece a la hornada de patricios que iniciaran, al comienzo del siglo, nuestra más auténtica expresión política. Durán, Alberto Echandi, Cortés, y Ulate, constituyen la galería de arquetipos que renunciaron al poder en aras de la paz nacional.

En el desarrollo de nuestra actividad política, poseemos la circunstancia de tener dos periodos (del comienzo del siglo hasta el cuaren-

ta y del cuarenta hasta nuestros días) que, siendo iguales en longitud, son disímiles en filosofía. No es este hecho, que nos permite doblar los días como se dobla un libro, un fenómeno original. En el comienzo del Renacimiento y dentro del siglo XV, ocurrió que hubo una zona delimitante entre la "técnica vieja" o "tradicional" y la "técnica nueva", o contemporánea, con iguales características al devenir de nuestra historia política, y con igualdad de balco, en sus procederes y filosofías.

Nuestra primera época, que llamamos políticamente institucional, y la "técnica tradicional" del conocimiento y de la ciencia europeas, se podrían definir de igual manera: "Un acto reflexivo, sin afán utilitario, para mejorar un sistema ya existente". Tal actitud es fija, inmutable, probada, permanente en el ser nacional como la más emergente de sus virtudes por ancestro.

Nuestra segunda época y la segunda, también, con la aparición de la técnica contemporánea, se define como: "acto utilitario, reflexivo o no, conducente a crear un artefacto hasta el momento desconocido, con o sin un fin determinado".

Otilio Ulate Blanco, a la manera de Leonardo de Vinci, que trabajó remodelando e inventando procesos viejos con miras a su excelencia, vivió inmerso en la técnica antigua. La "técnica nueva", tiene los riesgos de ser: "mutable, cambia a una velocidad mayor que la del pensamiento y del conocimiento científico". Es inestable, mixtificable, incierta; pero utilitaria.

Fue, pues, Ulate Blanco, fiel al estilo trascendente de nuestra "sui generis" manera de ser, de gobernar, de crear. De aquella época, hoy tenida como de tono menor, quedan dos obras materia-

les que perfilan su gran carácter: El Monumento a la Guerra del 56 y el Teatro Nacional, no superadas todavía ni en tamaño, ni esfuerzo, ni como reflejo de la capacidad y alto refinamiento de un pueblo de gran estilo.

Las juventudes de ahora ni estudiaron a Ulate ni de él tuvieron noticia detallada. A ello se debe los ataques rayanos en la gañanía con que ofendieron al patricio.

Cierra sus ojos, enmudece la palabra, se pierde en los compos su alarido de protesta que surgiera desde el tiempo de Tinoco hasta la desvertebración hoy de las fuerzas opositoras. Aquí termina la lucha de un hombre que se jugó la vida con las manos inermes, con el cuerpo descubierto, luchando por la dignidad de su pueblo y el solemne atuendo de la República. Y en el más alto punto de la historia nacional de los últimos años, lo rozó la muerte, acosado por la jauría, mientras él arrancaba de las urnas el respaldo constitucional y la razón jurídica, que habría de sostener dentro de los cauces legales la acción de aquellos valientes que corrieron a las montañas del sur. No se nos olvida el vejamen a la patria de aquel 1º de marzo de 1948, en que Ulate fue acosado bajo el fuego de ametralladoras. De la jornada sólo quedó el cuerpo inerte de un patricio joven, tendido y cortado por las balas en el propio rosál de su jardín. Ni se borra la "noche triste" en poder de sus captos. La patria debe recordar que renunció a su investidura y laurel de triunfo, para no ensangrentar el suelo nacional.

Doce días después, desenfunda y empuña su espada vencedora, el jefe de la acción armada, como un nuevo "Tambor del Bruch", José Figueres Ferrer.

Discurso pronunciado por don José Marín Cañas, como representante de la "Academia Costarricense de la Lengua", en el atrio de la Catedral, con motivo de los funerales de don Otilio Ulate, de quien fue jefe de prensa en la campaña electoral del 48.

La razón constitucional y por ello jurídica, se la habría dado Ulate y sus comicios victoriosos.

¡Comicios victoriosos y pisoteados! La huella de la gran aventura electoral la encontrará el peregrino en la áspera piel de los caminos y en el mosaico de las iglesias pueblerinas. Es sangre de 32 costarricenses que ofrendaron la vida a la contienda.

Rezaré por ellos, las mismas palabras que oí de niño, y en este mismo atrio, hace 55 años en la voz de Rubén Coto: "¡Jesucristos en el martirio! ¡Víctimas del crimen y la ignorancia!"

En esta hora solemne, entregamos a Caronte el cuerpo de un héroe y la mente de un filósofo.

¡Todo está consumado!

Generoso en el sacrificio, enamorado de su patria libre, frío en el peligro, diputado por papeletas independientes, austero en la función pública, joven hasta los ochenta años, en él se dan cita las más altas virtudes y los defectos del estilo de vida nacional.

Su apelativo no se deslazará jamás, porque fue, en un instante crucial, ¡bandera de combate!. A su alrededor ha comenzado a adensarse el silencio que presagia los homenajes permanentes, como justo acto de contricción y fe de un pueblo. Baja al sepulcro con una heráldica de esgrimista polémico de aguda pluma con recursos dialécticos renacentistas. Otilio Ulate entra en la sombra augusta, y nos deja el ejemplo de su vida; el eco retumbante de su palabra y el deslumbrante espectáculo de su silencioso estoicismo, ante la ingratitud nacional.